



Ultimo retrato del más grande de los escritores españoles, don Benito Pérez Galdós.

Celia En los Infiernos

Para gloria del teatro español, para recreo de nuestros espíritus fatigados bajo el inexorable entronizamiento de lo anodino y de lo mediocre, y para consolación de desgraciados y de humildes, el esclarecido y generoso caudal de la inspiración galdosiana volvió a correr con la abundancia y la jugosa emotividad de sus tiempos mejores.

Más de setenta y cinco años contó el maestro, más de ciento cincuenta volúmenes produjo su laboriosidad balzaciana, y todavía las vehemencias de sacrificio de su corazón y la recia hoguera de su pensamiento subsisten intactas; todavía en su alma ferviente, eternamente moza, el dolor ajeno se transmuta en piedad.

Esta última comedia de Pérez Galdós tiene una construcción más novelesca que teatral. El primer acto está admirablemente construido; el segundo, de dimensiones brevísimas, redúcese a una escena, algo extravagante, que explica el futuro desarrollo del asunto; las otras dos jornadas, más que verdaderos actos de comedia, son "cuadros", prodigiosos por cierto; lienzos de bondad, de sufrimiento, de inefable poesía, arrancados con soberana fortuna por el autor a la cruel tragedia de la vida. En general, la obra, como en la jerigonza de bastidores adentro se dice, "pesa" un poquito. Pero ¿qué importan esos menudos defectos de técnica, esa desigualdad en la arquitectura de las escenas, si sobre todas las artificiosidades de lugar y de tiempo en que la



Pérez Galdós presenciando la lectura de su obra "Celia en los Infiernos" por don Sinesio Delgado, con los artistas del Teatro Español, José Santiago, Nieves Suárez y María Palou.

acción teatral ha de desenvolverse, la inspiración sintética del dramaturgo y la soberana nobleza de la idea que guió su pluma vuelan como alondras inmortales?...

Para el maestro, cuanto los teólogos han escrito acerca de los premios y castigos de ultratumba, es aplicable a las andanzas dichosas o adversas que informan nuestro breve tránsito por la tierra. Como en el mundo material los elementos, así en lo moral las almas viven o mueren o están en la sombra o están en la luz.

El autor lo expresa sin embages y con gracioso desenfado, por boca del señor Paterna:

"Yo, señoras y caballeros, diré a ustedes, si me lo permiten, mi opinión sincera y leal sobre las cosas de ultratumba: hay cielo y hay infierno; pero no están arriba ni abajo, sino aquí, en la superficie de la tierra. El cielo lo constituyen los ricos, en grande y pequeña escala; los



Una escena del tercer acto de "Celia en los Infiernos". Las señoritas Palou y Suárez y los señores Sepúlveda y Santiago.

PBT 17/II/914

PERFILES DE EUROPA.—“CELIA EN LOS INFIERNOS”

que por herencia o por su trabajo poseen grandes caudales; los que sin estar en la esfera más alta de la riqueza tienen medios de vivir cómodamente, explotando su ingenio o el ingenio de los demás; los grandes políticos o burócratas que monopolizan las altas posiciones; los hombres agudos que poseen el arte de vivir de lo ajeno sin hurtarlo; los artistas de primer orden y los de segundo y tercer orden que imitan, con más o menos facilidad, a los primeros; los que viven a la sombra de las instituciones venerandas: Iglesia, Ejército, Marina; los grandes maestros de la gorronería, que visten bien, comen, beben y triunfan, sin tener una peseta... Este es el cielo que conocemos, y no hay que buscar otro lanzando nuestra mente por los espacios imaginarios”.

A esas palabras volterianas, Celia, la protagonista, responde con otras impregnadas de unción evangélica: “El infierno arde en las clases desheredadas y humildes...”

“En los pobres”—dice—“en los trabajadores que con un triste jornal mantienen penosamente a su familia; en los desesperados; en los miserables; en los infelices ancianos que piden limosna en las puertas de las iglesias; en los niños vagabundos, en los “golfos”, en los mil y mil individuos que no hallan consuelo en ninguna parte; en los que, solicitados por el hambre, caen en el crimen; en los lisiados y ciegos que vagan por las calles; en los que quieren ser buenos y no saben serlo; en el despojo social que los ricos arrojan de su cielo y cae en los abismos de donde no hay salida posible...”

Para conocer los caminos por donde derivan las historias sombrías; para estudiar de cerca el mundo negro de las miserias incurables, de los dolores sin fin, de los vagabundos que roban por hambre y de las mujeres que se prostituyen porque van semidesnudas y en las noches de frío no tienen hospital donde acogerse; por ver la sima de todos los oprobios, de todos los abandonos, de todas las supersticiones, de todos los rencores impotentes, quemantes como brasas; por ansia cristiana de redimir a las madres que tiran a sus hijos y a los hombres que se emborrachan para olvidar; por deseo nobilísimo de llevar un poco de consuelo—y con este consuelo un movimiento de bondad—a esos hogares miserables, fétidos, oscuros, plagados de miasmas mortales; hogares de perdición, de abulia, horribles como cárceles... Celia, la joven y hermosa millonaria, deja unos días su mundo, el cielo dorado de los saraos, de los automóviles y de las pieles, para descender, disfrazada de paleta, a los infiernos del hampa.

En este éxodo admirable, la bondad revolucionaria, la inspiración ácrata—¿por qué no llamarla así, por su nombre?—del glorioso autor de “El Abuelo” y de “Realidad” relampaguea con acentos removedores de indignación y de evangelio. Hay cuadros magníficos, de un realismo velazqueño, como el de la trapería, del cuarto acto, y tipos de primer orden, burlescos y amargos a la vez, como la misma vida: tal es

don Pedro Infinito, hechicero, muñidor y tramista, digno de figurar entre las mejores concepciones del riquísimo museo galdosiano.

El verbo redentor y viril del maestro álzase colérico contra todas las falsedades y todos los errores y todos los vitandos egoísmos sociales. Su generoso corazón no permite que haya dolores, ni miseria, ni oprimidos; quiere que la luz del bien se reparta por igual; quiere destruir el infierno. ¿Por qué, si “a cada día le basta su afán”, unos hombres tendrán tanto y otros no tendrán nada? Y para aliviar tanto daño, Celia, munífica y artista, reparte su dinero a manos llenas. Sus rentas, dignas de un Rockefeller o de un Carnegie, son tan cuantiosas que ascienden a más de diez mil reales diarios.

¡Ah! Pero... ¿basta las riquezas de Celia, modelo de aristócratas, a enmendar tantos sufrimientos?...

Alguien grita:

—Celia, lo que los pobres necesitamos no es caridad.



Escena final de la obra.

Ella pregunta:

—¿Qué es, entonces?...

Y la voz de una obrera en quien el dramaturgo personificó el imperio, casi omnívoto, del amor y de la voluntad, responde:

—¡Justicia! Lo único que los pobres necesitamos es justicia...

Emocionado por esta réplica, de un enorme alcance filosófico, el cronista añade:

“Si la justicia no la hallamos en el corazón de los hombres, ¿dónde buscarla? ¿En qué parte de nuestro espíritu descubrir el impulso santo, el venero excedido de sacrificio, de filantropía, que curen la lepra, vieja como el mundo, de la sordidez y el egoísmo? ¿Cómo arrancar del barro de que fuimos formados las raíces del mal?”

Pérez Galdós, con noble valentía, señala el remedio:

—Justicia—dice—la felicidad está en la justicia...

Conformes; pero ¿dónde adquirir esa droga divina?... Seguramente él tampoco lo sabe.

Cuando el maestro, medio ciego por el trabajo y por los años, salía, con paso vacilante, a recibir los aplausos del público, la obscuridad de sus ojos me pareció un símbolo.

EDUARDO ZAMACOIS.